

## meditación para el SÁBADO SANTO

### **Nosotros esperábamos...**

Recuerdo aquel viaje con un decepcionado de la vida, de Cristo, de su Iglesia. Militaba en ese momento en contra de lo que él creía que era un error y que el cristianismo llevaba adelante. De pronto, se le escapó una confidencia tremenda: «Lo que te envidio es que vivo sin ninguna esperanza».

Aquellos decepcionados de Emaús, que representan a todos los decepcionados de Cristo y de su Iglesia, siempre repiten el mismo esquema. Primero, su profunda decepción es el encuentro con la cruz y con el sufrimiento, que no han digerido. Al vivir atragantados, se repiten como la cebolla mal digerida y se hacen



monotemáticos con la palabra que es siempre la misma en todos los decepcionados: Nosotros esperábamos... ¿Esperaban otra cosa distinta de Cristo, de la Iglesia, de su matrimonio, de su vida? Me he convencido de que todos los decepcionados de Cristo se instalan en la queja, porque así siempre tienen motivos para no hacer nada.

En el fondo, decepcionados se vive más cómodo; y sobre todo se instalan en el corazón farisaico que todos llevamos dentro, echando en cara a los otros lo que nosotros no vivimos. Es increíble cómo Jesús busca a los que huyen de Él. Sale al encuentro de los que no quieren encontrarse con nadie. Les ayuda a salir de sus decepciones demasiado humanas (en el fondo, para no vivir en el gozo y la alegría del Resucitado).

Al Nosotros esperábamos de todos los encantados con sus decepciones, porque así no hacen nada por cambiar, Jesús les responde que era necesario todo lo sucedido. Nos lo ha recordado la Vigilia Pascual: «Feliz culpa que mereció tal redentor». Era necesario significa lo que nos recuerda san Pablo: «A los que aman a Dios todo les sirve para su bien». Cristo resucitado es la respuesta a todas nuestras decepciones. Cuando no se digiere la cruz, nace en las entrañas un corazón amargado. Sólo se puede salir de esta situación queriendo salir. Las decepciones prueban que el problema está en nosotros, porque el Señor nada les había prometido que no estuviese en el programa, a la hora de seguirle. Los decepcionados, como los de Emaús, no han descubierto que nada se les ha prometido que no sea: Carga con tu cruz, y sígueme. Solamente curarán de sus decepciones cuando hablen tranquilamente con el Señor, en una profunda vida interior (los decepcionados nunca rezan, sólo se contemplan a sí mismos). Mirar al Resucitado hará que el Espíritu Santo estalle en todas sus amarguras y le reconozcan al partir el Pan. La Eucaristía, Cristo vivo y resucitado, es antídoto contra todos nuestros desánimos y decepciones.

Es curioso, pero los de Emaús están siempre en crisis, porque su decepción brota de haber salido del Cenáculo y haber dejado la comunión con la Iglesia. Cuando se encuentran con el Resucitado en el camino de Emaús, vuelven al Cenáculo, a vivir con gozo la comunión con la Iglesia; una por una se disipan todas sus quejas y decepciones. La clave es que han cambiado el “Nosotros esperábamos”, de todos los decepcionados, por el “Era necesario” de la afirmación de su fe en el Resucitado.

### **Descubre al resucitado.**

Cuando el Señor que vive no es el centro, la consecuencia es un «estado de indigencia» que se manifiesta en oscuridad, miedo y encerramiento, dudas y desconfianza, alejamiento de la comunidad y desencanto, búsqueda de un cadáver y lágrimas, dispersión y trabajo estéril...

Pero el Resucitado se acerca como Presencia viva que da Vida: se deja ver, sale al paso, habla, interpela, corrige, anima, comunica paz y alegría...: da el Espíritu. Su manera de hacerse presente es personal,

suscitando recuerdos y experiencias comunes, haciendo vislumbrar proyectos de futuro, rehaciendo el yo filial y fraterno...

Consigue construir una comunidad de salvación: los discípulos comen y oran juntos, trabajan, se alegran y descansan unidos. Y experimentan que el mal es vencido, que su vida se reorienta, que brota una existencia nueva, una recreación, en la que son posibles el perdón, la conversión, la reconciliación, el gozo.

Experimentan que son llamados y enviados a comunicar vida, a ser testigos, a hacer discípulos, a ser «cómplices» del Espíritu... Viven la certeza existencial de que el Crucificado es el Vencedor de la muerte; de que ha sido constituido Señor; de que la vida humana, aun en «fase precaria», se manifestará cuando el Resucitado enjague todas las lágrimas.

### **Reconoce en la trayectoria de los discípulos tu propia trayectoria de búsqueda de vida verdadera:**

ellos han experimentado en su propia carne cómo el huir de la cruz para asegurarse, el traicionar para salvarse, el alejarse unos de otros, el cerrar las puertas para protegerse... no les ha dado vida **verdadera**.

Pero ahora, cuando han perdido su imagen de seguidores, cuando han tocado fondo en la insatisfacción que les ha producido aquello en lo que creían que estaba su vida, el Resucitado se **pone en medio**, y eso les trae alegría, paz, perdón, sentido...

Aparentemente, su situación no ha cambiado:

— siguen siendo pobres; pero ahora las cosas elementales que están al alcance de su pobreza (pan, vino, pesca...) se convierten en celebración;

— siguen referidos al humilde servicio y a cuidar de otros («apacienta mis ovejas...»); pero el Resucitado les ha revelado la fecundidad de esa actitud;

— no se les oculta el «precio a pagar» («otro te ceñirá.. »); pero Jesús les dice; «Yo estoy con vosotros todos los días...»;

— sigue «cayendo el día» y llegando la noche; pero ahora la presencia del Viviente les hace estar «en ascuas...»

**Acércate a algunos de los iconos de encuentro de los relatos de apariciones y fíjate cómo expresan los textos las «consecuencias» de su encuentro con Jesús:**

- Siéntete, como María Magdalena, enviado a dar a otros la buena noticia de que Jesús vive, y que tú «lo has visto» (Jn 20,18).
- Siéntete, como Tomás, invitado a tocar las heridas del Resucitado y a seguir tocándolas en tantos hermanos heridos de hoy (Jn 20,27-29).
- Siéntete, como los de Emáus, con el corazón ardiente y la fe recuperada, y vuelve a la comunidad sabiendo que en ella vas a seguir encontrando a Jesús al partir el Pan (Lc 24,32-35).
- Siéntete, como las mujeres que fueron al sepulcro con perfumes en la mañana de Pascua, capaz de ver más allá de una tumba vacía y de decir: «¡Está vivo!» (Lc 24,24).
- Siéntete, como Juan en Tiberiades, capaz de reconocerle en la orilla y de saber que «es el Señor» y, como Pedro, de tirarte al agua para ir a su encuentro (Jn 21).
- Recorre en un «via lucis» los lugares de la pasión y, lo mismo que las mujeres escucharon del ángel: «Mirad el sitio donde lo pusieron...», escucha lo que te dice Jesús en cada uno de esos lugares: «Aquí dije 'sí' al Padre...»; «Aquí me dejé atar y detener»; «Aquí me coronaron rey...»; «Aquí extendí mis manos para ser crucificado...» Reconoce al Crucificado en el Resucitado y agradécele lo que ha hecho por ti.
- Recorre luego otros lugares donde la Iglesia vive la alegría pascual del servicio, el amor fraterno, las bienaventuranzas y el martirio; donde los pobres comparten fraternalmente lo que tienen; donde la gente sufre, pero resiste y es capaz de esperanza y de fiesta... Reconoce también ahí la presencia del Resucitado, agradece su victoria sobre la muerte y pídele que te aproxime a esos lugares de vida.

